



El Temperamento liberal

Roberto Salinas-León



EL TEMPERAMENTO LIBERAL

Roberto Salinas-León

CONTENIDO

El temperamento liberal (artículo).....	5
Liberalismo como actitud.....	8
El temperamento liberal (ensayo).....	11

EL TEMPERAMENTO LIBERAL

Roberto Salinas-León¹

Para Roberto Salinas Price, gran maestro y gran padre, sine qua non...

El liberalismo es objeto constante de crítica. Candidatos presidenciales, miembros de la intelligentsia, periodistas, miembros de la clase corporativista, líderes clericales, de la derecha, de la izquierda—estos, y varios otros, se unen en ubicar al liberalismo como la fuente principal de nuestros problemas contemporáneos. En la región latinoamericana, es prácticamente obligación moral detestar y despreciar al liberalismo.

La interrogante natural, por ende, es ¿qué es el liberalismo? En cierta medida, esa es una parte principal del problema. Hay “liberales” de todo tipo; y todos, sin excepción, ofrecen su particular definición al respecto. En las palabras de un observador, cada liberal moderno es, a la vez, participante de una herejía, pero parte de una secta. Empero, entre las diferencias y las distinciones, hay un común denominador.

¿Cuál es? La respuesta parecería obvia: la libertad. Pero

¹ Publicado originalmente en: Asuntos Capitales, 9 de febrero de 2006 (<http://www.asuntoscapitales.com/articulo.asp?ida=492>)

la libertad en su expresión total, en todas sus dimensiones, conlleva una actitud específica, un temperamento ante el conocimiento, el temperamento liberal. Esta es una forma, quizá la correcta, de entender el liberalismo—no como doctrina, o tesis, o receta preconcebida en las aulas académicas, no como algún consenso político o pacto general. El liberalismo, así visto, es una actitud ante el conocimiento, ante la realidad externa—un temperamento humilde, que se adapta a los cambios, pero que privilegia lo conocido sobre lo desconocido, la tradición histórica sobre el heroísmo de un caudillo salvador.

En una sociedad abierta, todos tienen visiones y valores, pero en esta sociedad, la norma capital es que ningún miembro de la sociedad puede imponer su visión sobre otros. Esa es la fuente de la libertad: las decisiones normativas del deber ser, de qué hacer, cómo hacerlo, se toman en forma independiente de una previa concepción de cómo se debe vivir la vida del ser humano—independiente de la concepción del nacionalismo histórico, o del fundamentalista islámico, de un proyecto alternativo de nación, del tecnócrata iluminado, del ingeniero social, vaya, de aquellos que presumen un monopolio sobre la verdad.

Mario Vargas Llosa captura este ingrediente capital del liberalismo como actitud, o temperamento, cuando nos dice: “el liberal que aspiro a ser es uno que ve en la libertad un valor fundamental.” Es, gracias a la libertad, a dejar hacer, a respetar las visiones de otros, que la humanidad ha prosperado, que ha pasado de las cuevas a las estrellas, de

la tribu al correo electrónico. Y ya nos decía nuestro gran liberal mexicano, José María Luís Mora, es por ello que la libertad aborrece el despotismo. Para ejercer la libertad, se requiere una serie de instituciones que eviten imposición de visiones sobre nuestros conciudadanos—se requiere un marco de derechos que protejan que lo que es de uno, es efectivamente de uno, o sea, derechos de propiedad; y se requiere un sistema de justicia que imparta decisiones bajo la premisa de igualdad de oportunidad, o sea, estado de derecho.

Este es el temperamento de una sociedad abierta, el temperamento liberal: aquel que celebra la migración, la pluralidad racial, la diversidad política, el derecho al respeto ajeno. Es el mismo temperamento que ve con escepticismo los híbridos como “liberalismo social” o la pretensión “constructivista” de erigir, ex nihilo, sin historia o tradición, algo totalmente nuevo, una nueva sociedad que refute el pasado y “cambie” el futuro.

Por ello, el liberal habla de imponer límites al uso de la autoridad—y por ende, de abandonar la vanidad de, digamos, planear, orientar, dirigir la actividad de otros proyectos de vida. Esa es la esencia, y la consecuencia, de toda una enseñanza de la vida basada en la conversación del ser humano con la historia, en el temperamento liberal.

LIBERALISMO COMO ACTITUD

Roberto Salinas-León¹

El liberalismo, villano favorito de la inteligencia convencional, es menos una tesis o doctrina, y más una actitud. Su lema principal es la humildad ante el conocimiento y, su derivado fundamental, la importancia de saber y de aprender a escuchar.

El temperamento liberal celebra el ensayo y error, el derecho a decir, la defensa de la actividad de escuchar.

El liberalismo, en esta versión, representa una actitud que admite, que celebra, la pluralidad de puntos de vista contrarios a los principios de la libertad. Lo único que no tolera es la intolerancia.

Este temperamento defiende el dejar hacer, dejar vivir y dejar decir. Ello explica el liberalismo, por ejemplo, de un Octavio Paz: los que pretenden erigir la casa de la felicidad nos acaban condenando a la cárcel del presente.

1 Publicado originalmente en: El Economista, 22 de diciembre de 2009

Por esta misma razón, la actividad de la crítica es central para el liberalismo -crítica no como diletantismo o profesar saber más que los demás, sino como una actividad constante de cuestionamiento, de íconos, de ídolos, de instituciones-, de aquel que presume tener acceso privilegiado a la verdad o a la realidad.

Más que una postura política o económica, el liberalismo bien entendido es, en el fondo, una actitud epistemológica. Por ello, los liberales contemporáneos ven con gran escepticismo las corrientes terriblemente peligrosas como el caudillismo militar de Chávez, la tiranía del silencio en aquellas naciones donde impera el autoritarismo o el ataque frontal a la libertad de expresión que se hace en nombre del bien, la belleza y la felicidad, como sucede actualmente en Ecuador.

Por esa misma razón, el liberalismo clásico jamás podrá ser un rival en igualdad de circunstancias con sus antagonistas; el socialismo, las utopías ecológicas, el uso costumbrismo posmoderno, ciertamente el comunismo de antaño.

Todas estas versiones de lo perfecto profesan cambiar la realidad, borrar la historia, construir una nueva arquitectónica social. Este temperamento antiliberal es profundamente vanidoso, al prometer la felicidad al instante, al profesar la redención instantánea del ser humano.

El liberal insiste en imponer límites a la autoridad y

abandonar la vanidad de planear, orientar, dirigir la actividad de otros proyectos de vida.

Ésa es la esencia de una actitud que celebra basada en la conversación civilizada, en el intercambio de ideas, en aquello llamado diálogo.

EL TEMPERAMENTO LIBERAL

*Roberto Salinas-León*¹

*Whatever may now be meant by the word
“liberal” is anyone’s guess ...
— Michael Oakeshott,
Rationalism in Politics and Other Essays
(1962)*

La tarea de articular una concepción del liberalismo que sea, a la vez, fiel a las múltiples raíces históricas de la tradición liberal, así como un marco de referencia aceptable para los debates que se dan en la esfera pública, parecería ser una misión imposible. Existe un amplio universo de definiciones—ya sea en términos de ciertas instituciones, los límites al poder, la vigencia del mercado abierto, así como del papel fundamental de los derechos del ser humano en la sociedad civil. El ejercicio esencialista de definir una versión universal del liberalismo parecería, también, caer en la contradicción de terminar con la propia reflexión sobre el significado filosófico del concepto, así como sobre las implicaciones de un orden liberal en el de-

1 Publicado originalmente en: José Antonio Aguilar Rivera (Comp.), *La fronda liberal: La reinención del liberalismo en México (1990-2014)* (México: Editorial Taurus, 2014), pp. 201-16

sarrollo de la sociedad civil.

Más allá de esta problemática conceptual, existe una tensión inherente entre la vocación intelectual que busca un análisis serio y sistemático sobre los varios temas que caracterizan la tradición liberal, versus el proyecto cotidiano de posicionar las tesis liberales (en materia económica, por ejemplo; o en los temas favoritos de la política cotidiana) en el foro común de los medios de comunicación. Una gran parte de las disputas alrededor del liberalismo en la esfera pública se reduce a diferencias sobre definiciones, al uso de etiquetas, al abuso de hombres de paja. El liberalismo ha sido objeto de crítica constante, ya sea entre candidatos presidenciales, periodistas, miembros de las elites corporativistas, líderes clericales, en la derecha como la izquierda. En varios círculos latinoamericanos, es prácticamente obligación moral desprestigiar al liberalismo.²

Estos ejemplos se pueden multiplicar *ad nauseam*. La disputa así concebida puede ser divertida, en el sentido de participar en una especie de esgrima intelectual, pero en el fondo se convierte en un círculo vicioso que trivializa la reflexión seria sobre la idea liberal, convirtiendo las divergencias que puedan existir en meras disputas semánticas vacías, diferencias que no hacen una diferencia, que no aportan un diálogo constructivo. James Buchanan, en una

2 Un buen ejemplo reciente, entre muchísimos otros, del abuso de absurdas etiquetas liberales, es Jacques Rogozinski, *Mitos y mentadas de la economía mexicana* (México: Random House Mondadori, 2012), donde se critican las diversas “recetas” de la “cocina neoliberal” y del “consenso de Washington”, en su diagnóstico de “por qué crece poco un país hecho a la medida del paladar norteamericano”. Vaya gastronomía tan simpática ...

de sus últimas polémicas, plantea que estos problemas se deben más al liberal contemporáneo que a los abogados de una visión políticaeconómica diferente. Así, advierte sobre los riesgos que enfrenta una cultura liberal y hace un llamado para “salvar el alma del liberalismo clásico”:

Nosotros, como liberales genuinos, hemos fallado en rescatar el alma del liberalismo clásico. Los libros y las ideas son necesarias, pero no son suficientes para asegurar la viabilidad de nuestra filosofía. No, más bien, *el problema reside en la presentación del ideal*. Mi tesis más general es que el liberalismo clásico no logrará reunir *suficiente aceptabilidad pública* si sus defensores se limitan al mero pragmatismo que se concentra en la pregunta “¿funciona o no?”. Se requiere una visión, un ideal. Si el ideal no se encuentra, habrá un vacío; y otras ideas llegarán para llenarlo. Los liberales clásicos han fracasado en la comprensión de esta dinámica (traducción propia, énfasis propio).³

El problema fundamental del liberalismo, según este criterio, consiste en la “presentación del ideal”. En el análisis de Buchanan, los liberales han fracasado en la formulación de una visión que consiga amplia aceptación en el campo de la comunicación pública. Sin embargo, el proyecto de formular una visión bien entendida de la idea liberal, que reúna suficiente aceptabilidad pública general, parecería resultar en otra misión imposible.⁴ El “alma del liberalismo”

3 James Buchanan, “Saving the Soul of Classical Liberalism”, *The Wall Street Journal*, enero 1, 2002. Esta fascinante línea de argumentación es desarrollada con mucho mayor detalle en la colección de ensayos, James Buchanan, *Why I, Too, Am Not a Conservative: The Normative Vision of Classical Liberalism* (Northampton, MA: Edward Elgar, 2005).

4 Exploro esta línea de argumentación con mayor detalle en mi ensayo “Crítica, Conversación y Creatividad: Desafíos del Liberalismo Clásico en una Era

busca, ciertamente, criticar proyectos que se basan en una ingeniería del diseño, la arrogancia de las pretensiones políticas para, digamos, distribuir la riqueza en forma equitativa, construir un proyecto alternativo de nación, o dotar de derechos a una vida digna a los miembros de la sociedad. Empero, el llamado de *salvación* es sumamente ambicioso, en la medida que procura el heroísmo de superar la *aceptabilidad popular* del romance “socialista” (o “estatista”) con una nueva (o renovada) articulación del ideal liberal.

I

Quizás el dilema que desarrolla Buchanan se puede plantear con mayor cautela, sobre todo si comparamos los temperamentos que inspiran al liberalismo clásico versus sus rivales constructivistas, como las variantes que pertenecen al paradigma socialista. La noción de libertad de elección forma parte esencial de la tradición liberal. En una sociedad civil, las elecciones son individuales; responden a proyectos de vida personales, no a un diseño único preconcebido de la mecánica social. El principio del ideal liberal, así visto, puede ser identificado con una concepción de la sociedad donde las visiones de vida cotidiana son secundarias a la norma de libertad de elección. Jan Narveson ha desarrollado esta caracterización en una forma que captura las dimensiones epistémicas

de Información,” *Facetas Liberales* (Guatemala: Universidad Francisco Marroquín, 2010). Una parte del presente texto está basado en los argumentos elaborados en este ensayo.

cas claves del temperamento liberal: las decisiones políticas y normativas en una sociedad deben ser tomadas, en la medida de lo posible, en una forma que sea independiente de una concepción particular, y previa, de cómo se debe vivir la vida⁵. Esta formulación conlleva un escepticismo moderado sobre las pretensiones del conocimiento, así como un ingrediente natural de humildad ante los alcances reales del *episteme* humano. A la vez, es un principio instrumental que permite informar ciertos temas que forman una parte fundamental del pensamiento liberal—ya sea, por ejemplo, la necesidad de contar con leyes sencillas para nuestro mundo complicado, o la necesidad de profundizar mayor competencia en sectores “estratégicos” de la economía, o la viabilidad de pasar de una democracia electoral hacia una democracia liberal.

Esta definición (mejor, “formulación”), sin embargo, no es objeto de comunicación popular. Es un principio elaborado, un marco de referencia con cierta sofisticación, que permite evaluar casos, temas, promesas o propuestas. Es, asimismo, un principio que implica un temperamento intelectual con particularidades específicas. Este temperamento se inspira en una preocupación permanente sobre las amenazas que enfrenta una sociedad abierta, basada

5 Jan Narveson, *The Libertarian Idea* (Philadelphia: Templeton University Press, 1988), pp. 8-9. Esta “definición” (misma que Jarveson toma, curiosamente, de las obras de Ronald Dworkin), parece ser más genérica que otras formulaciones que buscan detallar principios específicos de las ideas liberales. Agradezco a Adolfo Gutiérrez Chávez la aclaración de este punto. Stephen Macedo, en su excelente estudio *Liberal Virtues: Citizenship, Virtue and Community in Liberal Constitutionalism* (New York: Oxford University Press, 1990), elabora una caracterización muy similar, partiendo del concepto de la libertad moderna de Benjamin Constant.

en la libertad. El liberal clásico, así entendido, vela por la libertad de ideas, por la libertad de elegir en la actividad de consumo, por cómo evitar que los dogmas de la sabiduría convencional nos digan qué decir, cómo decirlo, en qué momento, ya sea en materia electoral o económica. El temperamento liberal recomienda el ensayo y error, y el derecho a decir o a desistir, con la defensa de una actividad poco común en nuestra cultura moderna: la actividad de escuchar. El liberalismo, en esta versión, incluso esconde la paradoja de ser una posición que celebra la pluralidad de puntos de vista, aun cuando estos resulten ser *contrarios a la propia tesis de la libertad*. Este temperamento defiende el dejar hacer, dejar vivir y dejar decir. Por lo mismo, la actividad de la crítica es *central para la libertad*—crítica no como falso diletantismo, como profesar saber más que todos los demás, sino como una actividad constante de falseabilidad, de cuestionamiento, tanto de íconos como instituciones, pero ante todo de inexorables voces de intolerancia que pretenden conquistar la verdad eterna.

¿De dónde nace, de donde se sustenta, este temperamento liberal? Veamos algunos casos. En una reflexión sobre la democracia liberal, Enrique Krauze plantea la idea que, independientemente de las distorsiones en el uso (y abuso) de la palabra “liberal,” existe una mayoría silenciosa que practica el liberalismo (sin profesarlo) todos los días.⁶ Estos pueden serlos participantes en un orden espontáneo de mercado, desde complejas transacciones en el sistema financiero global hasta los agentes que se reúnen en el

tianguis local, desde el innovador que fabrica magia con la tecnología moderna, hasta el informal que no tiene otro remedio que sobrevivir en la extra-legalidad. O, podemos ser todos aquellos que, con el solo acto de tomar decisiones, de elegir una actividad sobre otra, practicamos la libertad. El liberalismo bien entendido pide imponer límites a la autoridad política, lo que implica abandonar, por ejemplo, las pretensiones constitucionales de artículos en la *Carta Magna* mexicana, como el artículo 28, que formalizan el mandato de “planear, orientar, y dirigir” la actividad económica de los nacionales. El liberalismo, villano favorito en la sabiduría convencional, es menos una ideología o una doctrina, y más una actitud. Su “esencia” o “alma” es la humildad ante el conocimiento—y su derivado fundamental, la importancia de escuchar. Más que una postura política o receta económica, el liberalismo representa una actitud epistemológica, que ve con profundo escepticismo corrientes como el caudillismo militar del socialismo bolivariano, el ataque frontal a la libertad de expresión en nombre del bien común o del más allá, o las causas colectivistas que apelan a construir una *polis* nueva en nombre del bien y de la dignidad humana. En este sentido, la advertencia retórica de Octavio Paz resulta extraordinaria: los que buscan erigir “la casa de la felicidad nos acaban condenando a la cárcel del presente”. Esa es la esencia de una actitud basada en la conversación civilizada, que celebra el intercambio de ideas—aquello mejor conocido como “diálogo.”

Hay “liberales” de todo tipo; y todos, ya sea por tradición intelectual o ubicación geográfica, ofrecen su particu-

lar definición al respecto. En palabras de un colega anónimo, cada liberal moderno es, a la vez, participante de una herejía y parte de una secta. Empero, entre diferencias y distinciones, hay un común denominador. La respuesta parecería obvia: la libertad. Pero la libertad, en su expresión total, nos lleva nuevamente hacia la apreciación del temperamento liberal. El liberalismo, entonces, no debe ser concebido como doctrina, como postura política sobre los derechos del ser humano, menos aún como receta preconcebida con mandatos universales o consensos prefabricados. Es una actitud de la persona ante la realidad externa, que procura adaptarse a los cambios (digamos, a las innovaciones en el campo de la tecnología), pero que tiende a privilegiar lo conocido sobre lo desconocido, la tradición de nuestras prácticas locales sobre el heroísmo revolucionario de un caudillo tropical. En una sociedad abierta, todos los miembros tienen visiones y valores; pero en esta sociedad, la norma capital es que ningún miembro puede imponer su visión sobre otros. Esa es la fuente de la libertad: las decisiones del deber ser son independientes de una concepción ex ante de qué debemos hacer—llámese la concepción del nacionalismo histórico, o del fundamentalista islámico; de un proyecto alternativo de nación, o del tecnócrata iluminado. Es una forma de organización social que aborrece el impulso de buscar, y lograr, el monopolio de la verdad. Mario Vargas Llosa captura este ingrediente capital del liberalismo como temperamento cuando nos anuncia que “el liberal que aspiro a ser es uno que ve en la libertad un valor fundamental”. Es, gracias a la libertad, a dejar hacer, a respetar las visiones de otros, que la humanidad ha

prosperado, que ha pasado de las cuevas a las estrellas, de la tribu a la red social, del despotismo a la democracia. Para ejercer la libertad, se requiere una serie de instituciones que eviten imposición de visiones sobre nuestros conciudadanos—se requiere un marco de derechos que protejan que lo que es de uno, es efectivamente de uno, o sea, derechos de propiedad; y se requiere un sistema de justicia que imparta decisiones bajo la premisa de igualdad de oportunidad, o sea, imperio de la ley.⁷

El pensador liberal que celebra este temperamento de humildad ante el conocimiento tiende, también, a preferir una visión del liberalismo clásico más cercana a Karl Popper, F.A. Hayek o David Hume que otros liberales con aspiraciones de consolidar una teoría universal, un sistema de justicia que descansa en axiomas morales que se dan en todos los mundos posibles (Robert Nozick, en su célebre tratado *Anarchy, State and Utopia*) o en principios universales de justicia derivados detrás de un velo de la ignorancia (John Rawls, en *A Theory of Justice*). Para Popper, la interrogante central de organización política deber ser expresada en términos de su metodología de falseabilidad, es decir, cómo podemos elaborar contrapesos institucionales que mitiguen los riesgos de malos gobernantes. Las consecuencias no intencionadas del historicismo, y del impulso por determinar el futuro, acaban culminando en el autoritarismo político. Para Hume, el estudio de la moral y la justicia debe estar basado en patrones de comportamiento

7 Mario Vargas Llosa, "Por qué América Latina se Quedó Atrás," *Conferencia Magistral, 17ª Reunión Plenaria de Consejeros 2009 del Grupo Financiero Banamex*, México, D. F., 19 de febrero de 2009.

observables, en aquello que podamos investigar en base a hechos, a los sentimientos que se dan en una sociedad. La pretensión metafísica que busca la verdad más allá de lo observable en la realidad cotidiana, o del contenido que nos impone los límites propios de la razón, genera “sofismas y espejismos” que merecen la flama de desechos históricos. Estos dos casos, entre otros, ilustran el significado del temperamento liberal ante el conocimiento.

El temperamento liberal también disfruta antecedentes fundamentales en versiones de mayor actualidad. F. A. Hayek expresó en forma dramática el ingrediente de *hubris* que nace en la mentalidad iliberal, en su crítica de la planificación central económica. Para Hayek, la serie de conocimientos que se desarrolla en un mercado espontáneo de precios no pueden ser objeto de acumulación, mediante un algoritmo o fórmula abstracta, en una autoridad central. Los precios de bienes que transmiten en un mercado de oferta y demanda no son función de un diseño preconcebido; empero, ello no se debe a la imposibilidad virtual de reunir, dentro de una sola mente, la vastísima complejidad de conocimientos individuales que forman e informan un mercado extendido—algo que supondría inteligencia divina. Más bien, se debe a un error de categorías sobre el tipo específico de conocimiento que se adquiere en un proceso evolutivo de ensayo y error, en prácticas cotidianas, en innovaciones, en la creatividad de los participantes del mercado en descubrir nichos y detectar oportunidades. Los críticos que atacan el llamado “modelo de mercado” cometen una falacia en dos partes, al suponer que el mercado es una

abstracción conceptual (siendo más bien un proceso de descubrimiento) y simultáneamente suponer que puede ser desechado por otro “modelo alternativo”. Un mercado abierto permite transmitir la gran serie de conocimientos dispersos entre millones de actores que buscan maximizar su bienestar, es decir, economizar. Esta especie de conocimiento, según Hayek, es práctica, de dimensión “cómo” en vez de “qué,” la cual puede funcionar sólo cuando no hay interferencia de la autoridad política en el mercado. La planeación socialista es una fatal arrogancia, precisamente porque erra en considerar el tipo de conocimiento que florece en un orden extendido; y erra también en pensar que la totalidad de millones de conocimientos se pueden concentrar en un comité supra-económico o supra-humano. El error es, fundamentalmente, de dimensión epistemológica.⁸

El énfasis que subraya Hayek en la importancia de las prácticas cotidianas que permiten un orden espontáneo de mercado es similar, en espíritu, a las advertencias de Michael Oakeshott contra el racionalismo político, y la aspiración de formular una prescripción teórica para la organización social. En la tradición oral de la conversación civilizada, no existen voces con una autoridad predeterminada en el intercambio de ideas. El objetivo de la conversación no es científico, ni epistemológico (en el sentido de descubrir la realidad externa). La finalidad de conversar es, simplemente *conversar*. Los políticos que presumen “ha-

⁸ F. A. Hayek, *La fatal arrogancia: Los errores del socialismo* (Madrid: Union Editorial, 1990), sobre todo pp. 143-49.

blar con la verdad” resultan ser las especies más peligrosas en una sociedad abierta, toda vez que suponen disfrutar un acceso privilegiado a la realidad, o capacidad de acumular conocimientos sobre la sociedad que los separan del resto. Por ello, los profetas de la verdad tienden también a perfeccionar el abuso del poder como mecanismo para anular diferencias de opinión (hoy, es la expropiación de bienes, o la cárcel; antes, era la guillotina). En el marco conceptual liberal, siempre habrá diferencias, tanto en lo mundano como en lo abstracto. Los interlocutores se pueden “odiar a muerte,” pero sólo en la medida que ello no deje de respetar los desacuerdos, y que aprendamos a vivir con diferencias en forma civilizada. Para ello, es esencial mantener un temperamento liberal.

De hecho, Oakeshott caracteriza la disposición conservadora como una actitud que, en este razonamiento, se asemeja en forma importante a la tolerancia que inspira el temperamento liberal:

Ser conservador es preferir lo familiar sobre lo desconocido; preferir lo experimentado a lo no experimentado, el hecho al misterio, lo efectivo a lo posible, lo limitado a lo ilimitado, lo cercano a lo distante, lo suficiente a lo excesivo, lo conveniente a lo perfecto, risa presente a la felicidad utópica.⁹

Un individuo que exhiba esta disposición es “crítico y cuidadoso” con respecto a propuestas de un cambio radical en la sociedad. Ello *no* significa que propuestas de trans-

9 Michael Oakeshott, “Qué es ser conservador,” *El racionalismo en la política y otros ensayos* (México: Fondo de Cultura Económica, 2000), p. 376

formaciones no son permitidas en el universo conservador. Más bien, la premisa es que un bien conocido merece siempre el beneficio de la duda sobre uno desconocido y que las propuestas de cambio generalizado deben ser objeto de un escrutinio escrupuloso.

Estos son ejemplos, un tanto aislados, ciertamente informales, que buscan dar representación a la concepción del liberalismo como actitud ante el conocimiento, como un temperamento que prevalece en una sociedad abierta. Como liberales, podemos hacer conjeturas, intentar refutaciones, aprender del pasado y visualizar escenarios en el futuro. *Qua* liberales, deberemos celebrar la migración, la pluralidad racial, la diversidad de opiniones políticas, el derecho de propiedad de nuestros vecinos. Pero veremos con marcado escepticismo híbridos como “liberalismo social,” así como la pretensión constructivista de erigir, sin historia y sin tradición, una nueva sociedad que borre el pasado y determine el futuro.

II

Nótese, sin embargo, que, por estas mismas consideraciones, contrario al llamado de Buchanan, el liberalismo clásico probablemente no puede competir en igualdad de circunstancias en lograr mayor aceptabilidad pública frente a sus antagonistas principales—ya sea el socialismo benefactor, las utopías ecológicas, el uso-costumbrismo posmoderno, o el comunismo tradicional. Buchanan insiste que una visión clásica de la libertad debe

satisfacer el “deseo generalizado del ser humano por un ideal supra-existente”. Empero, la visión comprensiva del paradigma socialista (en sus diversas manifestaciones) es reducible a la promesa de redención instantánea, la “esperanza” de transformar la naturaleza de la realidad para acomodar las necesidades de una arquitectónica social constituida *ex nihilo*. Por definición, las promesas de perfectibilidad del ser humano, de borrar el pasado y garantizar el futuro, tendrán mayor aceptación popular que la visión humilde, cautelosa, a veces escéptica, cultivada por los procesos de ensayo y error que caracterizan la tradición liberal.

Buchanan, al parecer, está pidiendo la “enchilada” intelectual en su totalidad: una visión del ideal liberal que respete la gama de contenidos de la tradición, pero que a la vez pueda consolidar el apoyo público de *doxa* aceptado. La versión clásica de la libertad nos dice que la elección de un camino particular es consecuencia de los individuos que deciden en forma voluntaria, en la medida que los derechos de terceros sean respetados en el proceso. Pero si la disputa básica se reduce a un concurso popular entre “ideales supra-existentes”, la probabilidad de que el realismo del dejar ser impere sobre la fantasía de la redención social es, o parecería ser, muy baja.

La promesa socialista de redención instantánea ofrece una oportunidad equiparable a *tabula rasa*; el fin de la historia, el comienzo de un camino nuevo, la transforma-

ción de la realidad.¹⁰ La vanidad de la redención instantánea es un ideal falso, una arrogancia fatal. Sin embargo, es una visión romántica con mayor potencial de aceptabilidad pública que la humildad inherente al criterio liberal. Ello es producto de varios factores, de una inevitable combinación de ignorancia y de intereses especiales. Este problema se debe atacar, en el plano de las ideas, con escrutinio, paciencia, narrativas escrupulosas, y el rigor de la argumentación debida; pero, por esa misma razón, un estudio minucioso de los detalles del mercado, del orden espontáneo, de la naturaleza de la sociedad abierta, *no debe ser determinado* por la salvación del alma liberal.

Más bien, el desafío popular se debe enfrentar con los instrumentos que corresponden al área de debate público, ya sea la ironía, estrategias de contrademagogia, algo de risa, algo de confrontación. El sensacionalismo y la desinformación deliberada que se encuentran en tantos ejemplos de la polémica popular en contra de las ideas liberales requieren una respuesta, sin duda; pero ella tiende a ser reactiva, buscando desenmascarar o deconstruir los mitos y los ritos que inspiran a los rivales del orden liberal. Un argumento liberal elegante, bien fundamentado, que a la misma vez sea causa de aplauso popular, es un fenómeno raro. Por ello, nuestra sugerencia es que el intelectual con

10 La famosa onceava tesis de Marx en su *Tesis sobre Feuerbach* recomienda que el objetivo no debe ser interpretar la historia, sino cambiarla. Más recientemente, Michael Luntley ha planteado que la tesis liberal que el comportamiento humano no se puede cambiar (por ejemplo, que agentes económicos responden a incentivos) o moldear de acuerdo a la ética del deber ser socialista cae en una petición de principio en contra el socialismo. Véase *The Meaning of Socialism* (LaSalle, IL: Open Court, 1989).

temperamento liberal debe no ser un buscador de esencias trascendentales que inspiren las pasiones del *vox populi*, sino, en el plano de la aceptación pública, más un soldado defensor de la sociedad abierta, que enfrente a la fauna de políticos y populistas en su propio territorio, manipulando la ironía, explotando anécdotas, dejando entrever los intereses especiales que se encuentran escondidos en el fondo de innumerables iniciativas para inhibir la libertad de elección. Por ello, nuestra idea no es divorciar la causa liberal clásica del debate público (algo terriblemente peligroso, además, ya que implica asumir el *silencio* ante reclamos populares). En las palabras de Hume, más bien, aprendamos a celebrar un cierto grado de vulgaridad; y usemos los procesos de ensayo y error para afinar estrategias de posicionamiento que logren repetir la misma idea en formas diferentes, si es necesario, todos los días, en varias ocasiones.

La finalidad de esta tarea es que no se permita imponer un fin a la conversación de la sociedad con las ideas de la civilización. La crítica, sea en forma de la aplicación de un teorema en una revista especializada o la elaboración de un *reductio ad absurdum* en una columna periodística semanal, exige un nivel de energía constante, una lógica de sentido común por parte de las voces que procuran defender una cultura de libertad. Bill Emmott, antes editor del semanario *The Economist*, dice que el liberal clásico en nuestra era de información debe percatarse de que los avances de la ciencia moderna y la tecnología no son garantías del progreso. Más bien,

Humildemente, los liberales deben reconocer que no existe una sola vía correcta para ordenar las relaciones sociales. Sobre todo, el liberal humilde debe percatarse de una paradoja: cuando creemos que hemos hallado las soluciones a problemas políticos o prácticos, lo que debería darnos mayor temor es la idea de que alguna persona pudiera hacerse con el poder ... para implementarlas (traducción propia).¹¹

Emmott captura un aspecto crucial de la naturaleza reactiva de la práctica de velar por la permanencia de la conversación abierta: la “cacería de farsantes” (*hunt for humbugs*) que emiten falsos llamados para conquistar la verdad del mundo externo.

III

¿Cuál, entonces, debe ser el paradigma de la enseñanza liberal? La imagen de una conversación abierta desempeña un papel estratégico para el defensor de la libertad, en la medida que, al permitir la libertad de ideas, se minimiza el riesgo de una imposición ideológica, de la proclamación de una verdad absoluta y su correspondiente imposición sobre los miembros de la sociedad civil. Así visto, la ética del buen ciudadano, por tan saludable, hasta bíblica, que aparenta ser, es anatema al temperamento liberal de dejar ser.

Existen tres consideraciones importantes que repre-

11 Bill Emmott, 20:21 *Vision: The Lessons of the 20th Century for the 21st* (New York: Farrar, Straus and Giroux, 2003), p. 343.

sentan un problema para la tesis de la idea liberal como temperamento ante el conocimiento. Una primera objeción es: si consideramos al liberal como defensor de la tolerancia, y llevamos el liberalismo como temperamento hasta sus consecuencias finales, incurrimos en un pluralismo extremo que, si bien admite una multiplicidad de valores, no puede ofrecer formas para *reconciliar posiciones* que pueden ser opuestas, apelando a una previa concepción de cómo se debe comportar el ser humano en la sociedad civil. Para un post-liberal como Gray o un multiculturalista como Rorty, un pluralismo de esquemas normativos inconmensurables es motivo de celebración, no causa de lamento epistemológico.¹² Empero, un defensor del pluralismo de valores e ideas debe ofrecer una explicación convincente de cómo el pluralismo difiere del relativismo.¹³ Una mente

12 Véase John Gray, *Post-Liberalism: Studies in Political Thought* (New York: Routledge, 1993), p. ix: "Pluralism is a response to the diversity of incommensurable values ... that relinquishes the universalist ambitions of the Enlightenment project and of liberal theory..." Véase también Richard Rorty, *Philosophy and the Mirror of Nature* (Princeton: Princeton University Press, 1979).

13 Este punto requiere una elaboración más detallada, pero me parece ser un tema de suma importancia para el liberal que se adjudica posiciones seductoras, que suenan muy bonito en el mundo de la moda intelectual, pero que enfrentan desafíos mayores bajo análisis. El pluralista liberal coherente debe evitar la trampa relativista. Y ello, no por motivo que el relativismo sea intelectualmente ofensivo (sí lo es, por lo menos en mi punto de vista), sino porque cualquier tesis relativista con "diente" enfrenta un dilema potencialmente fatal, famosamente elaborado por Donald Davidson. Un relativista "en serio" debe admitir que pueden existir esquemas conceptuales alternativos. El argumento de Davidson, en caricatura, es que cualquier oportunidad de *reconocer* un esquema conceptual alternativo supone una amplia gama de creencias previas en común, entre nuestro esquema de creencias y el rival. Si no existe este acervo común, *la actividad de detectar diferencias* resulta imposible. Por tanto, si hay diferencias detectables, aunque sean significativas, estas serán más bien locales, consecuencia de diferencias en una época histórica o de una moda intelectual. Pero no serán, en principio, irreconciliables, o carentes de base para adjudicar posiciones cuando estas chocan. Elaboro el argumento de Davidson, y la diferencia entre esquemas conceptuales locales versus globales, en mi ensayo "Realism and Conceptual Schemes", *Southern Journal of Philosophy*, 17 (1)

liberal crítica es, a la vez, una mente que juega con posibilidades, incluyendo inferencias extra-lógicas y postulados “fuera de la caja”. La norma no es *razón*, sino *razonabilidad*¹⁴. Un desafío importante para el liberal moderno, más allá de buscar salvar el alma del liberalismo clásico, es desarrollar el concepto de razonabilidad como instrumento o marco de referencia para diferenciar entre buenas y malas ideas en el espacio lógico de razones.

Otra consideración importante para el defensor del liberalismo como temperamento es si, en esta caracterización del ideal liberal, se pueden desarrollar propuestas concretas de política pública, o si la tarea se limita al ejercicio reactivo, sin habilidades de postular o proponer, digamos, una propuesta de reforma estructural. La respuesta es paradójica: sí, pero no. Por un lado, un defensor del temperamento liberal deberá criticar el inexorable impulso de la tecnocracia iluminada, que, armada con sus teorías y sus modelos (sobre todo en la ciencia económica) llegan listos en algún puesto de la administración de un gobierno para emprender una reforma fiscal, una transformación tributaria, un plan nacional de desarrollo, o un programa de estímulo contra-cíclico. Y resulta que no es la excepción, sino la regla, que estas propuestas tienden a ser impulsadas apelando a la sabiduría superior del nuevo burócrata

(Spring 1989): 101-24.

14 Stephen Toulmin defiende “razonabilidad” como un sistema de juicios basados en experiencia contextual y en la vida personal. Esta es la modalidad de la razón que, me parece, es aplicable a esta formulación sobre el papel del diálogo en una sociedad abierta. Véase *Return to Reason* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2001). Obviamente, este punto requiere una elaboración detallada independiente.

iluminado. Así ha pasado en el pasado, tanto en México como América Latina. Una reforma liberal con un fundamento iliberal es una bomba en potencia, la cual a la postre puede desprestigiar la propuesta de cambio. Así, por ejemplo, sucedió con la reforma fiscal del impuesto único en la administración de Calderón, la cual logró exactamente lo contrario a la finalidad de un impuesto único genuino: complicar significativamente más el de por sí intransitable laberinto fiscal mexicano.¹⁵

El liberal clásico, tanto en su papel intelectual como su rol de crítico popular, debe celebrar la humildad del conocimiento humano ante la búsqueda de utopías, sean estas de inspiración socialista o de la ciencia contemporánea que informa el constructivismo de la tecnocracia iluminada. Otra vez nos dice Emmott:

Los llamados para realizar una utopía son peligrosos, pero también lo son las suposiciones de omnisciencia ante las complejidades que se presentan en lo social, lo económico y lo político. En ello se encuentra, precisamente, el principal argumento a favor del liberalismo: la creencia en la tolerancia, la libertad y la experimentación, en vez de la imposición de soluciones de arriba hacia abajo (traducción propia).¹⁶

Así precisamente se debe concebir el desafío liberal en el campo de las políticas públicas. Habrá que evaluar propuestas vigentes bajo la óptica de la libertad, pero habrá

15 Véase mi editorial "U.S. Could Learn from Mexico's Flat Tax Experience", *Investor's Business Daily*, May 2, 2012.

16 Emmott, 20:21 *Vision*, p. 343.

también que presentar cambios o alternativas que sean congruentes con los principios fundamentales de dejar ser. En las palabras de Francisco Gil Díaz:

Llevamos demasiados años con nuestros intelectuales, políticos ... [y] empresarios, atados por una telaraña de atavismos cuando consideran políticas públicas. Urge un cambio de mentalidad, o no habremos de instrumentar las reformas [lo más apegadas a la libertad] que conduzcan hacia una senda de crecimiento económico fuerte y sostenido.¹⁷

La vocación intelectual del oficio liberal exige, por un lado, la reflexión seria y sistemática de los temas bajo análisis, llámese propuestas de una reforma estructural, o la constitución de una sociedad abierta o la viabilidad del comercio internacional. Pero también exige que uno mismo, u otros con mayores dotes de comunicación popular, entre al mundo cotidiano del debate público, donde imperan las imágenes visuales, la retórica, el uso ocasional del ad hominem, la manipulación de connotaciones y la proyección de adjetivos con calor y sabor. El primer ejercicio puede ser, más no necesariamente es, propositivo; pero el segundo, para el liberal, tiende a ser más defensivo, explorando diferentes formas de posicionar narrativas relevantes, o comercializar posiciones específicas, que permitan velar por la máxima de que las decisiones normativas en el proceso político deben realizarse en una forma que sea independiente de una concepción predeterminada de cómo vi-

¹⁷ Francisco Gil Díaz, “¿Tiene Vigencia el Liberalismo?”, 20/10: *El Mundo Atlántico y la Modernidad Iberoamericana*, No. 1 (México: G. M. Editores, 2012), pp. 325-33.

vir nuestras vidas. Debemos, en la defensa de la crítica y la conversación, en el fomento de un temperamento liberal, contemplar toda propuesta que permita avanzar los valores de la libertad de elección. No será, quizás, ocasión realizable para salvar el alma del liberalismo clásico; ni siquiera para asegurar un mayor grado de aceptabilidad pública. Pero sí será motivo de aspirar a creer en el liberalismo clásico como una alternativa natural que respeta los límites del conocimiento humano, y con ello procura minimizar los riesgos que enfrenta la sociedad civil en la posibilidad de alcanzar una cultura de libertad.